

GENERAL BARÓN
DE MARBOT

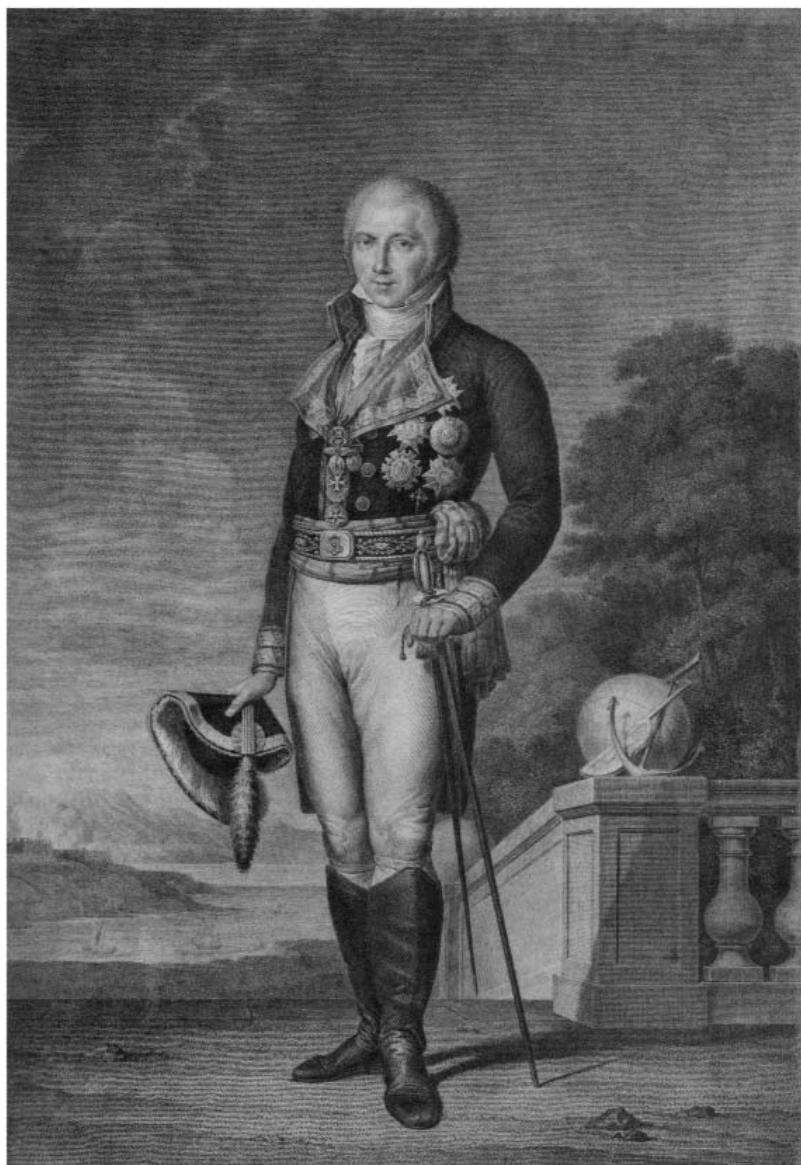
MEMORIAS

CAMPAÑAS DE NAPOLEÓN
EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

TRADUCCIÓN DE
JOSÉ RAMOS



EDITORIAL
CASTALIA



J. B. Deshayes del.

J. B. Deshayes del.

S.A.S. LE PRINCE DE LA PAIX.

1807.



CAPÍTULO I

ESTADO DE PORTUGAL / MARCHA DE JUNOT SOBRE LISBOA / LA FAMILIA REAL DE ESPAÑA / OMNIPOTENCIA DE GODOY / INTRIGAS DE NAPOLEÓN

Con objeto de proyectar la máxima claridad sobre los hechos que voy a relatar, considero indispensable dirigir una rápida ojeada a la situación por que atravesaban España y Portugal en el momento de la conclusión del Tratado de Tilsitt.

La reina doña María, viuda de Pedro III, ostentaba la corona de Portugal en el año 1807, pero, debido al estado de demencia en que se encontraba, la sustituía en el gobierno de aquel país, con el título de Regente, su hijo, que reinó después con el nombre de Juan VI.

Es Portugal país de suelo generalmente pedregoso, en el que escasean los grandes caminos. Su frontera natural con España la forman estériles montañas habitadas por pastores semisalvajes. solo por la parte meridional, junto a las riberas marítimas o en los valles del Tajo, del Mondego,

del Duero y del Miño, se encuentra un terreno fértil y poblaciones civilizadas. Pero esta región, rica en productos naturales, carece por completo de fábricas, circunstancia que la ha convertido en vasto campo abierto a la industria y al comercio británicos. Los ingleses la han convertido en una especie de colonia y explotan las riquezas, sin cargar con las responsabilidades del gobierno. Puede afirmarse que, “de hecho”, ya que no de derecho, este país les pertenecía.

Desde hacía mucho tiempo, Napoleón esperaba el instante propicio para desalojarlos de allí y arruinar su comercio. A raíz de la paz de Tilsitt, creyó llegado el momento. Decidido a completar el bloqueo continental, conminó a Portugal para que prohibiese a los ingleses el acceso a sus puertos. La ejecución de tal medida era muy difícil, porque la nación portuguesa vivía exclusivamente del intercambio de sus productos naturales con los de la industria inglesa. De la lectura de estas Memorias deduciréis que me hallo lejos de aprobar en su totalidad la política de Napoleón; no obstante, debo decir que la medida era políticamente excusable, porque debía forzar a Inglaterra a adherirse a la paz general.

El Emperador reunió, pues, en Bayona, en el mes de septiembre de 1807, un ejército de 25.000 hombres, destinado a invadir Portugal. Mas cometió entonces dos graves errores: el primero, formar el cuerpo expedicionario con regimientos recientemente organizados, y el segundo, dar al general Junot el mando de este ejército.

Napoleón incurrió en más de un error en la elección de las personas, porque atendía antes a sus afectos que a la voz pública. El ejército veía más en Junot a un hombre muy valiente que a un verdadero capitán. La primera vez que yo le vi, me impresionó e inquietó su extraña mirada; su final justificó mis aprensiones. Se conocía el origen de su fortuna, pues, siendo simple cabo furriel del batallón de la Costa de Oro, se ganó por una acertada palabra el afecto del capitán de artillería Bonaparte, en la trinchera de Tolón. Luego le siguió a Egipto, tuvo mando en París y llegó a embajador

en Lisboa. Su buen humor, su franqueza militar, su reputación de bravura, su prodigalidad, en fin, le conquistaron la amistad de los grandes y la simpatía popular. Sus éxitos en Portugal determinaron, sin duda, al Emperador a elegirlo para mandar el ejército de ocupación, y esto hubiese sido una ventaja efectivamente, si Junot se hubiese mostrado menos imprevisor como general.

España, entonces nuestra aliada, debía suministrar alojamiento y víveres al paso de nuestras tropas. El deber de un general en jefe era asegurarse de la ejecución de esta promesa; pero Junot, descuidando esta precaución, hizo entrar a su ejército en España el 17 de octubre y lanzó sus columnas a los caminos, donde nada estaba dispuesto para recibirlas. Nuestras tropas acamparon al raso y solo recibieron media ración de víveres.

Era a finales de otoño; el ejército atravesaba las estribaciones de los Pirineos, donde el clima era muy rudo y nuestros desgraciados soldados cubrieron bien pronto el camino de enfermos y rezagados. ¡Qué espectáculo para las poblaciones españolas que corrían de todas partes a contemplar a los vencedores de Marengo, de Austerlitz y de Friedland, y no veían más que a agotados reclutas casi incapaces de llevar sus armas y bagajes y cuyo conjunto se parecía más a la evacuación de un hospital que a un ejército en marcha a la conquista de un reino! Este triste espectáculo causó a los españoles muy mala impresión sobre nuestras tropas, y acarrió al año siguiente efectos desastrosos.

Napoleón menospreció demasiado a las naciones de la Península, y creyó que sería suficiente mostrar tropas “francesas” para obtener de ellas cuanto quisiera. Fue un gran error. Es preciso decir asimismo que, no habiendo sido informado de las dificultades que se oponían a la marcha de las tropas, el Emperador reiteraba la orden de avanzar rápidamente. Junot se excedió en sus órdenes y su ejército, compuesto de soldados adolescentes, se halló bien pronto diseminado en pequeños grupos en un trayecto de

más de doscientas leguas de camino entre Bayona y Salamanca. Felizmente, los españoles no se hallaban todavía en guerra contra nosotros, pese a lo cual y por vía de entrenamiento, asesinaron una cincuentena de nuestros soldados.

A su llegada a Ciudad Rodrigo, una de las últimas ciudades de España, Junot ordenó a la cabeza de su columna detenerse allí durante varios días en espera del resto de sus hombres, que en número de 15.000 habían quedado atrás. Cuando logró reunir una tercera parte de sus efectivos, atravesó las montañas de Penha-Parda, que lo separaban del valle del Tajo, contando únicamente para sus hombres con media ración de pan. Estas montañas, que yo he atravesado, carecen de zonas cultivadas y están habitadas por gentes pobres y bárbaras. Las tropas las franquearon venciendo todas las dificultades, a costa de las mayores fatigas, sin alojamientos y sin víveres, lo que les forzó a apoderarse de algunos rebaños pertenecientes a los montañeses, los cuales tomaron venganza asesinando a un centenar de franceses rezagados. Al cabo, el ejército ganó la ciudad de Alcántara e hizo su entrada en Portugal por Castelo Branco. Solo a costa de muchos esfuerzos y soportando la intemperie, se llegó a Abrantes con cinco o seis mil hombres extenuados de fatiga y descalzos en su mayoría. En Abrantes empieza la parte más hermosa del valle del Tajo. Cuando los rezagados y los enfermos que permanecían aún en las montañas fueron informados del bienestar que les esperaba, apresuráronse a llegar y el ejército se rehizo poco a poco.

Un general previsor les hubiese dado tiempo a reorganizarse, pero Junot, so pretexto de que el Emperador le había ordenado apoderarse de todas las mercancías pertenecientes a los ingleses, llegando rápidamente a Lisboa para impedirles que se las llevaran, seleccionó 4.000 hombres de los menos fatigados y avanzó sobre la capital con tal débil columna, encomendando a sus generales el cuidado de reagrupar el resto de su ejército e ir a incorporársele. Esta audaz maniobra podía destruir su ejército, porque Lisboa

contaba con una guarnición de doce a quince mil hombres y la flota inglesa se hallaba fondeada en la desembocadura del Tajo; estas fuerzas eran más que suficientes para rechazar a los 4.000 hombres de las tropas conducidas por Junot. Pero el efecto mágico que causaban las victorias de Napoleón era tan grande, que el Gobierno portugués, accediendo a todas las demandas del Emperador, se apresuró a declarar la guerra a los ingleses, en la esperanza de que Junot detendría su marcha. Mas, al comprobar que la vanguardia francesa continuaba su avance, se produjo en la capital una confusión indescriptible. El Regente, que en un principio no sabía qué partido adoptar, se decidió por fin a transferir la sede del gobierno al Brasil. La Reina loca, el Regente, la familia real y las principales familias, en número de nueve a diez mil individuos, embarcaron en una flota considerable, llevando consigo inmensas riquezas, y el 28 de noviembre se hicieron a la vela con rumbo al Brasil.

Ese mismo día Junot atacaba Santarém; pero su pequeña columna vióse obligada a atravesar la llanura de Golegã, cubierta por dos pies de agua, y los soldados fueron atacados por la fiebre en tan gran número que solo mil quinientos estuvieron en disposición de seguirle al día siguiente. Junot continuó su marcha a pesar de todo y con esta reducida escolta hizo audazmente su entrada en Lisboa. Se debe rendir a Junot la justicia de convenir que, después de haber rehecho su tropa, proveyó con celo a todas sus necesidades; de modo que en el transcurso de diciembre, el ejército presentaba unos efectivos de 23.000 hombres en bastante buen estado. Entorpecido por las tropas portuguesas, licenció a los soldados indígenas que quisieron volver a sus hogares y formó con los demás una división que envió a Francia y que tuvo una buena actuación e hizo la campaña de Rusia.

Dejemos a Junot organizarse en Portugal y echemos una ojeada sobre el estado en que se encontraba la corte de Madrid en la época del Tratado de Tilsitt.

El rey Carlos IV, príncipe pasivo, enemigo de los asuntos de estado y apasionado únicamente por la caza, reinaba entonces en España, delegando en la Reina el cuidado de gobernar. La reina María Luisa Carlota, princesa de Parma y prima del Rey, mujer intrigante y ambiciosa, dominaba completamente a su esposo. Hacia 1788, un hidalguillo muy pobre llamado Manuel Godoy, recientemente ingresado en los guardias de corps, destacose en la sociedad madrileña por su talento en el manejo de la guitarra y la Reina quiso oírlo. Era hombre de pequeña estatura, bien constituido y de rostro agradable. Espiritual, ambicioso y muy audaz, agradó a la Reina, que hizo de él su favorito. Tal fue la primera causa de las desgracias de España, que tan poderosamente contribuyeron a las de Francia.

Los cortesanos imaginaron que el favor de que gozaba Godoy sería pasajero; pero éste, tomando por modelo al célebre Potemkin que, de simple guardia de Catalina II, habíase convertido en su amante y primer ministro, supo ganarse de tal modo la confianza de la Reina, que ella le hizo nombrar por el Rey comandante en jefe de los Guardias, miembro del Consejo, general y, finalmente, primer ministro.

La Revolución francesa había provocado la guerra entre Francia y España y nuestras tropas se habían apoderado de varias provincias más allá de los Pirineos. En 1795 Godoy obtuvo de Francia un honrosísimo Tratado, mediante el cual se devolvían a España estas conquistas. La nación se sintió reconocida y el Rey le concedió pingües rentas con el título de “Príncipe de la Paz”. La Reina, en fin, le hizo desposarse con una princesa de sangre real. Desde este momento, el poder de Godoy no reconoció límites y el flamante Príncipe de la Paz reinó tranquilamente sobre la monarquía española.

Pero en la época de la batalla de Jena, Godoy publicó imprudentemente un manifiesto que podía considerarse como

una amenaza dirigida a Napoleón, y éste le pidió explicaciones y exigió el envío a Alemania de un cuerpo de ejército de 25.000 hombres, al mando del general marqués de La Romana. Y aún debió facilitarle después un cuerpo de la misma importancia para sostener a Junot en Portugal; bien es verdad que, por el Tratado secreto de Fontainebleau, el Emperador le aseguraba el título de Príncipe de Los Algarves y concedía a la reina de Etruria, hija de Carlos IV, la provincia de Beira.

La insolencia de que Godoy había dado repetidas pruebas con respecto a Fernando, príncipe de Asturias, iba en aumento. Fernando tenía 23 años; era viudo y sin hijos y, serio de naturaleza, había contraído, en aquella penosa situación familiar, el hábito de la soledad. Pero la nación española, generalmente hostil al Príncipe de la Paz, parecía querer protestar, por medio de su adhesión a Fernando, contra el odio de que éste era objeto; fundando en él todas esperanzas, esperaba impacientemente su llegada al trono como un verdadero alivio y veía en ello el final de todas sus miserias.

Una causa imprevista precipitó los acontecimientos. Hacia fines de 1807, en la época en que Junot se dirigía a Portugal a la cabeza de un ejército francés, el rey de España cayó gravemente enfermo. El príncipe de Asturias, creyendo ver en las maniobras de la Reina la intención de alejarle del trono, consultó a tres personas con las cuales podía contar; y de acuerdo con el consejo de los duques del Infantado y de San Carlos, y del canónigo Escoiquiz, su antiguo preceptor, recurrió a Napoleón pidiéndole la mano de una princesa de su familia. La carta fue remitida a nuestro embajador en Madrid, conde de Beauharnais. Pero el borrador fue indignamente sustraído y entregado a la Reina, quien obligó a Carlos IV a obrar con extremada violencia. Fernando fue detenido, privado de su espada y procesado por haber querido atentar contra la "vida" del Rey. Sus consejeros fueron arrestados asimismo y encartados como cómplices. Sin embargo, es preciso reconocer

que, si Fernando tuvo errores, la necesidad de defender sus derechos a la corona y quién sabe si su propia vida, los atenuó notablemente.

Estos hechos eran demasiado graves para que el rey de España no informase a los demás soberanos y sobre todo al Emperador de los franceses, su poderoso vecino. Se ha dicho, y desgraciadamente con razón, que la ambición de Napoleón le había perdido. Pero generalmente se ha comprendido mal esta ambición, que afectaba principalmente a Francia. Napoleón quería verla tan grande y poderosa mientras él viviese, que tras él fuese inatacable: primeramente abatiendo la potencia de Inglaterra; en segundo lugar, no dejando subsistir en la Europa central y meridional otros estados que los que tuviesen los mismos intereses de Francia, la considerasen como su apoyo y estuviesen dispuestos siempre a sostenerla. Este proyecto gigantesco hubiese exigido el trabajo paciente y metódico de dos reinos y de dos soberanos como Napoleón. La precipitación le perdió y sus primeros éxitos le cegaron. Creyó que no encontraría en España más resistencia que la que había hallado en Holanda, en Westfalia o en Nápoles, donde había establecido a sus hermanos, o que en Portugal, tan fácilmente conquistado.

Al conocer las escenas de El Escorial, el Emperador consideró el momento favorable y quiso aprovecharse de la ocasión. Esperaba que la nación española, harta de tantas torpezas, se arrojaría en sus brazos. No conocía a este pueblo que lleva hasta el frenesí su odio al extranjero. Mas aún admitiendo, porque así es la verdad, que muchos españoles ilustres volviesen sus ojos a Napoleón para regenerar su país, es preciso convenir que la conducta de éste fue la más apropiada para destruir sus ilusiones.

En efecto, so pretexto de que era necesario preservar las costas de la Península de una invasión inglesa, el Emperador, en lugar de devolver a España el ejército del marqués de La Romana

que se le había facilitado para la guerra del Norte y que no era necesario después de la paz de Tilsitt, introdujo en España un cuerpo de 25.000 hombres mandado por Dupont, que fue pronto seguido por 34.000 soldados conducidos por el mariscal Moncey. La llegada de tan gran número de tropas extranjeras fue considerada como una respuesta a la petición de socorro formulada por el príncipe de Asturias. Napoleón hubiera podido en este momento ganarse para siempre a la nación española, concediendo a este último la hija de su hermano Luciano, que hubiese sido un vínculo entre ambos pueblos. Desgraciadamente, el Emperador no consideró este medio lo suficientemente eficaz.

El arresto y procesamiento de Fernando había producido en todo el reino tal irritación y despertado en tan alto grado la indignación pública contra la Reina y Godoy, que éste, no osando llevar adelante sus proyectos, se decidió a representar el papel de mediador entre el Rey y su hijo, pero nadie se dejó engañar.

No tardó mucho en sobrevenir una preocupación más grave aún. Un agente sostenido por el Príncipe de la Paz en París, apellidado Izquierdo, acabó por deducir del silencio del Emperador y de la marcha constante de tropas hacia la Península, que el verdadero proyecto de Napoleón no era restablecer la buena inteligencia entre Carlos IV y su hijo, sino más bien aprovecharse de sus decisiones para arrojar a ambos del trono a fin de colocar en él a un príncipe de la familia imperial. La opinión que dio a ese respecto sumió a la Reina en la consternación y la resolvió a seguir el ejemplo de la familia real de Portugal, trasladando la sede del gobierno a América.

Fue una gran desgracia para Francia que este proyecto no se ejecutase, porque la nación española, abandonada por sus príncipes, hubiera aceptado, a falta de otra solución mejor, un rey propuesto por Napoleón, o al menos hubiese opuesto a sus ejércitos una resistencia menos encarnizada.

El Rey se negó a adoptar el partido de la fuga y decidió pedir a Napoleón la mano de una princesa de su familia, escribiendo directamente al Emperador. Sin embargo, queriendo ganar tiempo, e impulsado por su mal carácter, Napoleón hacía avanzar nuevas tropas en la esperanza, sin duda, de amedrentar a la familia real y decidirla a abandonar la Península.

Mientras que este reino se debatía en tal agitación, yo continuaba viviendo apaciblemente al lado de mi madre, en París, donde pasé una parte del invierno asistiendo a las numerosas fiestas que se daban. La más bella fue la ofrecida por la ciudad, con ocasión del regreso de la Guardia Imperial.

Así terminó para mí el año de 1807, durante el cual había corrido tan grandes peligros y experimentado tantas vicisitudes. ¡Poco imaginaba entonces que, en el transcurso del año que comenzaba, iba a volver a ver la muerte bien de cerca! Pero volvamos a los asuntos de la Península, cuya parte histórica se encuentra ligada a cuanto me sucedió en 1808 y en los años siguientes.



Pág. siguiente (derecha):
Madrid: el Paseo de la Florida
(h. 1820, fragmento).
Grabado de Lerouge, Gossard y
Schroeder, según dib. de Liger.

